

LARGA TRAVESÍA DE UN PEÓN DE NEGRAS

Diego Almansa Ortega



Capítulo 1

"Una cumbre no la conquista aquel que nunca se cae, sino aquel que nunca desfallece"

"La felicidad no consiste en poseer todo lo que se desea, sino en apreciar todo lo que se tiene"

CAPÍTULO 1

MALA IDEA

25 de Septiembre

«El destino baraja y nosotros jugamos», filosofaba el muchacho con la mirada clavada en la luna.

Se llamaba Ismael para su familia y amigos; Ismael Torres García para los profesores del instituto, y "El conguito" para gran número de compañeros de clase que solían burlarse de él.

Era un chico de un extenso pueblo de Albacete, con diecinueve años de edad, robusto y de talla proporcional a su corpulencia, alrededor de un metro ochenta. Su piel se teñía de un color tostado que, bien mirado, mejoraba un pelín su corriente atractivo, pero que, tras varias apreciaciones con malicia, había servido de base para que se inventaran su mote en el centro educativo. Al principio le disgustaba sobremanera, mas pronto aprendió, por la cuenta que le traía, a mostrarse indiferente ante las mofas.

No era un muchacho atractivo, aunque tampoco podía catalogarse en la categoría de adefesio; no obstante, si en un futuro se propusiese cuidar su imagen con esmero, podría llegar a mostrar un aspecto bastante interesante; cualidad totalmente intrascendente para él en este preciso instante. Volviendo al presente, Ismael, con el esfuerzo de cargar con sus noventa kilos de peso, caminaba, o más bien arrastraba los pies, a través de una viña cercana al pueblo donde habitaba. Antaño, la localidad fue conocida más por sus robles que por sus vides; sin embargo, en la actualidad se habían cambiado las tornas, convirtiéndose incluso en la

localidad con más viñas de todo el país. A pesar de ello aún conservaba su nombre originario: Villarrobledo.

Se equivocaría aquel que pensase que había madrugado para ir a vendimiar. La estación era la correcta, pero no llevaba tijeras, tampoco guantes y la ropa era de calle. Deambulaba completamente solo en una tenue oscuridad y una fresca brisa barría los campos secos y enmarañados. Su reloj marcaba las dos de la madrugada y el frío hacía estragos en su acongojado rostro.

Ismael deambulaba cabizbajo, tropezando con ambos pies en los numerosos cantos rodados. Tenía la moral por los suelos. Se encontraba en el más hondo de los pozos de la amargura y la desgana al caminar le hacía enredarse con las cepas más frondosas; pero todo esto le traía sin cuidado, tenía pensado acabar con su caótica situación en un santiamén.

Alcanzó, por fin, los límites de los viñedos. Ahora sus pies pisaban una cómoda tierra compactada, y en los cordones de sus deportivas se enganchaban cardos y hierbas secas del barbecho.

—¡Bueno! ¡Ya estoy aquí! Tendré que dejar de molestar al mundo. Por su propio bien y por el mío, no sea que por mi gafe nos caiga un meteorito un día de éstos. Ya no aguanto más, me voy contigo amigo mío. No hago nada de provecho, ¿para qué mierda voy a seguir aquí! ¿Para disfrutar del agradable sufrimiento de la vida!

Éstos eran los “optimistas” pensamientos de Ismael mientras ascendía por una pequeña cuesta de chinás que se estremecían bajo sus pies y sonaban al chocar unas con otras.

Después de hora larga de caminata, se detuvo por fin y sacó de su bolsillo una corriente y aplastada caja de medicamentos.

—Y ahora a dormir. A tener dulces sueños.

Hablaba en voz alta, estremeciendo la serenidad de la noche; de todos modos, ¿quién podría oírle?

Mientras murmuraba sus ojos tendían a humedecerse. Con la ayuda de su pulgar sacó todas las pastillas del envase de plástico y aluminio y, con la palma de la mano, se las llevó a la boca tragándoselas a palo seco.

—¡VA POR TI! ¡No te enfades conmigo por lo que voy a hacer Señor Todopoderoso; se supone que eras tú quién debías evitar que llegase hasta este punto! —dijo Ismael pronunciando con retintín el nombre de su dios.

Se hallaba, prácticamente, al borde del delirio; y no es que estuviera loco, sino que muchos en su situación habrían reaccionado, en cierta medida, de un modo parecido..

—Pero... ¿Qué salida me queda?... Me has quitado lo que más quería en este mundo, el único amigo que me hacía pasarlo bien en esta puta vida. Desde que nací me has puteao: me quitas a mis padres cuando tengo seis años y me dejas al cuidado del gilipollas de mi tío; y ahora me quitas a mi único amigo, el único que me trataba como a una persona y no se reía de mí. Muchas gracias Señor Todopoderoso, estarás orgulloso de tu obra. Por lo visto, te gusta putear a la gente ¿eh? A unos los matas de hambre, a otros de epidemias, y a mí me haces la vida imposible. Pues nada, enseguida estoy contigo, y si tienes huevos me preguntas que por qué he perdido la fe.

Sin duda estaba despechado. Todo lo decía en tono de sarcasmo y con lágrimas en los ojos. Ismael siempre había sido un buen creyente. Había aceptado la religión y la fe que, como a muchos otros, le habían inculcado de pequeño. Ninguna vez puso en entredicho estas verdades, pero no entendía que las cosas tuvieran que ser así. Estaba hecho polvo. No quería admitir que la vida fuera injusta de por sí, y por ello buscaba un culpable. Además, necesitaba desahogarse, y la mejor cabeza de turco para este papel fue ese dios que tanto le había decepcionado olvidándose de él.

Muchísimas veces se había preguntado por qué, según le habían contado, su madre tuvo que morir en aquel accidente de coche. Tan cruel fue la fortuna que sus padres fueron a estrellarse contra el único árbol que había en la carretera. Y por qué, tres semanas después, a su padre le falló el corazón después de haber sobrevivido a la tragedia. ¿Acaso hicieron algo malo, tan grave como para ajusticiarlo con su muerte? Y él, ¿qué culpa tenía?, ¿acaso merecía quedarse huérfano? Era injusto, pero no había bastado con eso, para rematar su desdicha ahora le robaban a su mejor amigo.

Necesitaba detenerse a pensar. Era preciso estar seguro de que ésta era la mejor solución por la que podía optar, y estos recuerdos le sirvieron para demostrárselo.

No le dio más vueltas. Su decisión era irrevocable. Aunque pareciese un poco precipitado, era mejor así, sino tal vez nunca se atreviese a hacerlo. No sentía miedo, solamente se quitaría un gran peso de encima. La tristeza se tornaba insoportable. La vida le había dejado un mal sabor de boca y no estaba dispuesto a sufrir más. En un estado de enajenación transitoria, actuaba ya de forma automática, como si fuera el programa de una lavadora. En silencio y a solas con su pena, se tumbó sobre las

chinas, e hizo de uno de los raíles de la vía, su almohada.

«Espero dormirme antes de que el poco instinto de supervivencia que me queda me haga echarme atrás. Es mejor así, prefiero no pasar el resto de mi vida como hasta ahora, siempre jodido. Esto ya no tiene remedio».

Se veía a Ismael abrir y cerrar la boca sin ninguna expresión en su rostro. El pecho del muchacho estaba inundado de miedo, pero más miedo le daba enfrentarse al futuro; no podía ni pensar en él: su amigo muerto, nadie a su lado, las odiosas preguntas que le harían... era mejor quitarse todo este lío de encima. Ante todo, ansiaba descansar; sin embargo, parecía existir un lazo invisible que lo ataba a la vida y del cual no lograba desasirse.

Las pastillas empezaban a hacer su efecto y éstas le ayudaron a romper ese último hilo que lo sujetaba al mundo de los vivos. Acumuló el valor necesario para tumbarse boca arriba sobre la vía, y acomodó la cabeza en el raíl sin tan siquiera valorar el trauma que podría ocasionar al maquinista. Desde allí dirigió, susurrando, las que serían sus últimas palabras, a la luna y a las estrellas, con una risa tonta y forzada de por medio.

—¡Adiós mundo cruel! Sé que ya hubo otro que dijo esto, pero no tengo ningunas ganas de pensar en algo más original.

Cerró los ojos, y en cinco minutos logró un profundo sueño gracias a esos somníferos que ahora yacían entre las chinas como si del arma del crimen se tratase.

La tía Cari estaba preocupada. Su sobrino acostumbraba a salir tarde a dar un pequeño paseo por las plazas y parques de la ciudad, pero nunca llegaba más tarde de la una y eran ya las tres de la madrugada. A veces, cuando salía con la cámara de fotos, de la que era gran aficionado, llegaba incluso a las cuatro, pues se tomaba su tiempo en captar los bellos paisajes nocturnos. Sin embargo, esta vez, la cámara fotográfica se hallaba en la estantería de su habitación.

Caridad pensó en otra causa que pudiera justificar su tardanza. Durante la cena, a eso de las diez, su sobrino Ismael había tenido una fuerte discusión con el tío Bruno; otra de tantas que servía de vaga excusa para permitir a éste último, desahogar sus males contra el pobre chaval. No obstante, ella no estaba muy convencida de que ésta fuera, realmente, la causa de su retraso. Le rondaba un mal presentimiento. Miraba el reloj a cada instante. Las tres y un minuto, las tres y dos minutos, las tres y tres minutos... Después de cada vistazo se dirigía hacia la ventana y apartaba las cortinas para escudriñar, hacia la solitaria calle, en busca de siluetas

humanas.

«Parece que por allí viene alguien» pensaba Caridad vislumbrando una sombra al fondo de la calle.

—¡Qué sea él, Dios mío! ¡Que sea él, por favor! —suplicaba movida por la preocupación.

—¡Nada, tampoco! —se echaba las manos a la cara.

«¿Dónde se habrá metido?» la mujer volvía a mirar por la ventana. Un coche de policía se acercaba con sus luces rojas y azules encendidas y parpadeantes. Se quedó mirándolo como tonta mientras divagaba en sus elucubraciones.

«¿Vendrá aquí? ¿No habrá pasado algo malo? ¡Por favor, qué no suceda nada malo, Dios mío! ¡No me hagas sufrir más!».

Miraba atónita el coche patrulla, cuando éste aparcó frente a su casa, Caridad se sobresaltó.

—¡Vienen aquí, Dios mío! ¡Qué no pase nada, que esté bien mi Ismael!

Sin saber aún qué querrían los oficiales, la tía Cari empezó a llorar. Ahora persistía con más fuerza ese mal presentimiento, alguna desgracia debía de ocurrir sino ¿por qué acudiría la policía a horas tan intempestivas?

Los faros del vehículo policial se apagaron y, simultáneamente, dos agentes se apearon del mismo, cada uno por su puerta correspondiente. Si algo malo había acaecido, enseguida se enteraría.

Observó acercarse a los dos hombres con las manos en el cinturón como si se les cayeran los pantalones. Fue a abrirles antes de que llamasen.

Con la mano temblorosa, abrió la puerta y se enfrentó al encuentro con los hombres uniformados.

—Tranquila señora, no se asuste. Venimos buscando a Ismael Torres, pero no se preocupe, no ha hecho nada malo.

La tía Cari estaba muy nerviosa, pero respondió al policía sin hacerle esperar.

—¿Qué ha ocurrido? Mi sobrino no está aquí. Se fue a las once y aún no ha llegado. Le estaba esperando. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Verá, un coche ha atropellado a un chico y creemos que su sobrino ha presenciado el accidente. Como comprenderá, es necesario tomarle

declaración ¿No sabrá usted dónde puede estar?

—Ahora mismo no sé. Ya le digo que aún estoy aquí esperándolo con el corazón en un puño. No sé dónde puede haber ido. El pobre se habrá asustado y habrá salido corriendo, hoy ha tenido un día muy duro.

—No se preocupe, seguro que pronto aparece y se soluciona todo. Hemos avisado a varios coches para buscarlo, pues nos urge su ayuda para atrapar a un delincuente. Si no le importa, esperaremos un rato aquí con usted por si vuelve su sobrino, quizás no tarde en hacerlo.

—Desde luego. No me importa. De todos modos, yo en cuanto él llegue les aviso.

—Gracias, pero el tiempo es crucial. Cuanto antes lo localicemos mejor para todos, así que le esperemos aquí hasta que vuelva sino es mucha molestia.

El otro hombre, hasta ahora callado, se dirigió a Caridad.

—Usted tranquila, yo me quedo con usted y le esperamos juntos.

—¡Bueno!, entonces yo me voy —intervino de nuevo el otro agente, más viejo y experimentado—. Si le encontramos, enseguida le avisaremos para tranquilizarla.

—¡Sí, Dios lo quiera!

—Pues nada más. Yo me marcho. Si puede, trate de dormir señora, verá como pronto aparece.

—Sí, sí, gracias.

El policía se dio la vuelta y se encaminó al trote hacia el coche patrulla. El vehículo arrancó y desapareció en la primera esquina. Mientras tanto, el otro agente lo despedía desde el portal de la mujer con ella a su lado mirándolo preocupada. Y allí se quedaron, a la luz de las farolas como dos estatuas que adornasen la entrada, hasta que uno de ellos se atrevió a reaccionar.

—¡Venga señora! Será mejor que esperemos dentro, a lo caliente.

—¡Claro, claro! Pase usted ¿Quiere que le prepare un café?

A pesar del nerviosismo, la mujer no se olvidaba de la cortesía. Era muy bonachona y le gustaba agradar a todo el mundo.

—Sí, muchas gracias. Debería decir que estoy de servicio, pero tampoco se va a enterar nadie —bromeó el agente para calmar el ambiente—. Y así de paso no me duermo.

Pasaron al salón que, como cualquier otro, era de decoración sencilla, acorde con la apariencia de la mujer que lo habitaba. Un sofá con estampado de flores y dos sillones a juego se apoyaban en el blanco tabique de gotelé. Justo enfrente, un gran armario de madera oscura cargaba con dos o tres enciclopedias. En los flancos, dos secciones acristaladas lucían atestadas de esas bonitas tazas y copas que nunca se utilizan y que parecen sobrar de la vajilla; y, encajado en todo el centro, el gran aparato de televisión con vídeo incluido.

Tampoco faltaban esos rincones vacíos que siempre emergen en este tipo de muebles y que se rellenan con figurillas de cerámica o cristal que, de vez en cuando, regalan los parientes. El resto del salón podría imaginarse fácilmente. Al fondo, una ventanita adornada con cortinas de color pastel por las que entraba la luz justa para coser con comodidad en una mesa camilla colocada allí mismo; y, para vestir las paredes, los típicos cuadros sin los que un hogar no sería tal: los de la boda y la comunión de los niños.

—Siéntese. Enseguida le traigo el café —Caridad dejó al policía en lo que, esta noche, serviría de sala de espera. Mientras, ella se dirigió con ligereza hacia la cocina intentando mantener a raya a sus nervios.

Se entretuvo un rato preparando una tila y un café. Poco después, yacía postrada en el sillón tomando sorbitos de la bebida tranquilizante al tiempo que el invitado hacía otro tanto con su café.

—¿Y qué dice que es lo que ha sucedido? —preguntó más calmada.

El oficial hizo un escueto resumen del accidente. Se trataba del grave atropello de un peatón, en el que el coche implicado se había dado a la fuga.

—¿Y quién es el muchacho al que han atropellado?

—Creo que ha sido alguien que conocía su sobrino. Un chico llamado Benito. Lo siento mucho.

La mujer ya intuía la respuesta antes de preguntar. Pero, incluso así, no pudo evitar sobresaltarse.

—¡Ay, Dios mío! Su mejor amigo —dijo llevándose las manos a la cabeza—. ¿Y sabe usted cómo está?

—Creo que es bastante grave. Se lo llevaron en la ambulancia inconsciente, y decían que estaba perdiendo mucha sangre ¡Ojalá se recupere el chaval!

Después de la confraternizada respuesta del oficial, Caridad quedó muda, con ese sentimiento de pesar y de impotencia que te impide hablar en momentos como éste, dejando solamente sitio al lamento, callado y amargo, que incapacita para pensar en otras disyuntivas; y que, tras un rato de silencio, uno logra desahogarse y hacerlo desaparecer o, por el contrario, acaba rompiendo a llorar hundiéndose en la pena.

El Citroën Dos Caballos color crema avanzaba dando botes por el camino de tierra. Hubiera levantado mucho polvo de no ser porque, durante la noche, había llovido un poco. Ahora estaba raso y el sol se posaba en las montañas lejanas como si éstas le sirviesen de punto de apoyo. Un padre y su hijo mayor ocupaban los asientos delanteros mientras que tres cuarentonas iban de cháchara en la parte de atrás.

—¡Papá, papá! Allí hay un tío. En la vía —gritó, de repente, el hijo.

—¿Qué? ¿Qué dices? —balbuceó confuso su padre.

—¿No lo ves? ¡Para aquí! Vamos a ver qué pasa.

El progenitor, extrañado por la excitación de su hijo, paró sin saber que ocurría. Las cotorras de la retaguardia también se quedaron en silencio con el susto, y observaron como tontas al chaval, apeándose éste como loco del vehículo, y lanzándose corriendo hacia la vía, que quedaba justo al lado del camino.

—¡Papá! ¡Allí, en la vía! ¡Hay un tío en el suelo, parece que le pasa algo!— gritaba sin cesar en su trote mientras señalaba con el dedo en la dirección indicada.

El padre, algo rezagado, vio la forma de una persona sobre los raíles y se decidió a seguir tras los pasos de su hijo. La escena era observada por las cuarentonas. Éstas, permanecieron en el coche (aún en marcha y bloqueando el camino), a las que pronto se unieron otros dos turismos más y el tractor que completaba la cuadrilla. Todos se vieron obligados a detenerse al toparse con el inamovible dos caballos color crema.

Se formó un numeroso grupo de personas, que habían abandonado los vehículos, para observar cómo pasaba el tren frente a sus narices. En ese preciso instante, el padre y el hijo traían hacia el camino, con bastante esfuerzo, el cuerpo de un chico inconsciente agarrado por brazos y

piernas.

—¡Por qué poco, chaval! ¡Por qué poco! Si no llegamos a verte, no sé dónde estarías ahora —susurraba el padre a la pesada carga.

Respondiendo a toda lógica, cuando la tía Cari recibió la llamada del hospital que le informaba de la aparición de su sobrino, su primera pregunta fue: "¿Se encuentra bien?". Y, tras obtener la típica respuesta tranquilizadora de los médicos, ella y el oficial, sin perder un minuto, se marcharon hacía el centro sanitario en un coche patrulla que el propio agente había pedido por el radiotransmisor al tiempo que informaba de la localización del desaparecido.

Ismael abrió los ojos lentamente, estaba mareado y le dolía el estómago. No le parecía que hubiese muerto. Pudo contemplar un techo blanco y una ventana con las cortinas corridas por donde entraba un poco de luz. Enseguida supo que se encontraba en un hospital y se preguntó: "¿Qué narices habrá fallado?".

Permaneció unos instantes con la mente en blanco. Después, comenzó a darle vueltas a la cabeza sobre qué pensarían ahora de él después de su intento de suicidio; sobre de qué modo sería tratado ante su inestabilidad emocional, y sobre cómo enfocaría ahora su frustrado proyecto de vida. Todo le daba igual. En estos momentos Ismael deseaba tener un interruptor con el que poder desactivar su cerebro a voluntad y así descansar en paz sin tener que soportar los tormentosos recuerdos que se le pasaban por la cabeza ni los pésimos vendavales que se avecinaban. Su amigo Benito estaba muerto, no tenía a nadie en quien confiar de verdad, y, además, ahora todos lo tomarían por un loco. Pronto se convertiría en el protagonista de uno de los chismes del pueblo, y éste no era un papel que le agradase representar.

Al rato entraron en la habitación su tía y el doctor. A Caridad ya le habían informado de lo sucedido y le advirtieron que no sería bueno abordar el incidente de su sobrino hasta pasado un tiempo, debiendo guardar cuidado de mencionarlo en las actuales circunstancias.

Ismael se encontraba bien. Simplemente iban a darle no sé qué porquería, pues su sabor era poco menos que vomitivo, para limpiarle el estómago, y también unas pastillas que tenían propiedades tranquilizantes y

relajantes.

El verdadero problema del chico era de índole psicológica. Naturalmente, había estado sometido a una gran tensión y el impacto del accidente era algo difícil de asimilar. Mas el problema no sólo radicaba ahí, la raíz profundizaba hasta las entrañas del pasado: la pérdida de sus padres, la falta de afecto en su nuevo hogar, el aislamiento escolar, la escasez de amistades, y ahora, la guinda del pastel para completar una infancia traumática: un intento de suicidio. Pero eso sí, con el atenuante de las caóticas circunstancias. En cualquier caso, había expediente para rato.

Para su restablecimiento habría que ir muy despacio y con mucho cuidado. Basándose en este consejo, no lo atosigaron con preguntas, ni visitas. Su tía se limitó a preguntarle cómo se encontraba e intentó animarle contándole que pronto estaría en casa con todas las atenciones para él solito, absteniéndose de informarle de otras cosas, como del gravísimo estado de su amigo Benito, que, al contrario de lo que creía Ismael, aún se mantenía con vida.

Ismael sólo pasó dos días en el centro. Enseguida se enteró por su tía que Benito no había fallecido. Permanecía en coma, ingresado en aquel mismo hospital. Le contó que se encontraba muy bien atendido y que pronto se repondría; según ella, no había por qué preocuparse. La noticia le animó bastante y al día siguiente decidió visitar a Benito, a pesar de que su tía le aconsejó que era mejor esperar un tiempo, pues necesitaba mucho descanso y aún no podía hablar con nadie; Sin embargo, Ismael insistió tanto que su tía Caridad acabó por ceder. Encerrado en casa lo único que conseguiría sería volverse loco. Su mente le impulsaba a aclarar las cosas para adaptarse y ubicarse en el nuevo escenario que acababa de surgir en su horizonte.

La imagen de su mejor y único amigo era irreconocible. Se hallaba entubado y envuelto en vendas, rodeado de aparatos electrónicos que no paraban de pitar y a los que estaba conectado mediante un pequeño entramado de cables que se pegaban con ventosas en sus sienes y en su pecho desnudo. Ese no era el cuerpo de su compañero de batallas, allí no parecía encontrarse su amigo. De permanecer en aquella maltrecha carcasa, Benito podría hablarle y hacerle bromas, le saludaría con un insulto como siempre hacía, y podría disfrutar de sus muecas y demás gestos característicos. El cuerpo inerte que yacía en esa cama ortopédica era irreconocible. Se acercó. El durmiente tenía media cara vendada y, aun así, sobresalían moratones. Era evidente que la cabeza se llevó la

peor parte del golpe. Miraba impávido aquella imagen, sin poder asimilarla en tan breve instante de tiempo. La impresión nubló su pensamiento, ni en toda la eternidad podría conseguir arrancar esa escena de su memoria.

La madre de su amigo, sentada a su lado, le sacó de su hermetismo. Sus ojos enrojecidos delataban lo mucho que debía haber llorado. Ismael la miró sin acertar a encontrar un comentario que decir que pudiese servir de algo.

—Lo siento mucho —consiguió vocalizar tras un gran esfuerzo.

—Gracias hijo ¡Ya verás, cómo se recupera!

La mujer hablaba más para ella que para él, intentando insuflarse ánimo a sí misma.

—Sí, seguro que sí —contestó él pronunciando lentamente. No disponía de más palabras. Nada de lo que pudiera decir arreglaría, ni tan siquiera un ápice, la desmoralizante situación. Ya había visto a su amigo y ahora se encontraba incómodo en ese lugar, como si parte de la culpa de lo ocurrido recayese en él.

Tras unos minutos, al comprobar la inutilidad de su presencia en aquella sala, decidió salir para despejarse y airearse. El poco ánimo que aún le quedaba se le vino abajo al contemplar el lamentable estado de su amigo. Puede que no saliese de ésta y, si algún día lo conseguía, dudaba mucho que las cosas volviesen a ser como antaño.

—Perdone, no me encuentro muy bien. Será mejor que venga en otro momento, creo que me estoy mareando.

—Sí, hijo. No te preocupes.

—Hasta luego. Ya vendré a ver cómo sigue.

—Adiós —la mujer se despidió sin levantarse del lado de su hijo. E Ismael se marchó con su tía que, prácticamente, permaneció muda en todo momento. Caridad intentó animarle en la medida de lo posible, tratando de compartir el peso de su lamento; mas si en verdad la escuchó, dio la impresión de que ninguna palabra había conseguido adentrarse en sus oídos.

Con tal panorama, lo único que podía hacerse era llorar. El aspecto del herido era muy poco alentador a pesar de que los médicos dijeron que existían posibilidades y que ya había pasado el peor momento.

Ismael regresó a casa, donde no se le dedicaron todas las atenciones tal y como su tía le había asegurado. Caridad era la única que estaba pendiente de él. Bruno, su tío político, en lugar de enternecerse mostraba su habitual frialdad; aunque, en tales circunstancias, a Ismael le traía sin cuidado.

En cuanto a sus primos, al principio le preguntaban y se interesaban por él, pero conforme pasaba el tiempo, aprendieron a escaquearse de la espinosa labor de animar al apático y trastocado corazón de Ismael. Terminaron por despreocuparse, dándole por imposible, ya que él nunca reaccionaba ante sus preguntas. Su vida podría definirse ahora como vegetativa. Comía, dormía y veía la tele como si de una inadvertida planta decorativa se tratase. Nada más.

Capítulo 2

CAPÍTULO 2

ODIOSAS PREGUNTAS

29 de Septiembre

Al día siguiente de la decepcionante visita a su amigo Benito, la policía se presentó en casa de Ismael para hacerle unas preguntas. El interrogatorio correría de manos de los dos agentes que se encargaron de estudiar las circunstancias del atropello de Benito durante aquella larga y trágica noche. Al principio, pensaron que él podría estar implicado, dada su extraña huída del lugar de los hechos. Sin embargo, después de recoger varias declaraciones de testigos presenciales, y de estudiar la forma en que había sucedido realmente el accidente, descartaron la opción de inculpar al chico.

—¿Cómo te encuentras Ismael? —el oficial comenzó suave tratando de romper el hielo, pero Ismael estaba tranquilo porque, en estos momentos, todo le traía sin cuidado.

—Bien.

—Verás, comprenderás que hemos de hacerte algunas preguntas sobre el accidente de tu amigo. ¿Te sientes con fuerza para ayudarnos?

—Como quiera.

—Bien, vamos a ver Ismael, ¿recuerdas a qué hora ocurrió el accidente?

—Serían alrededor de las once.

El policía realizó esta pregunta sólo para que el testigo entrase en calor. La cuestión verdaderamente importante venía ahora.

—¿Podrías describirme cómo sucedieron exactamente las cosas?

Ismael se tomó un par de segundos en recordar los hechos y ordenarlos en su cabeza antes de relatar la maldita desgracia que ya estaba harto de recordar.

—A ver, Benito y yo salimos de "La Parroquia" —éste era el nombre de un pub que cualquiera que viviese en el pueblo conocía—, habíamos bebido unas cervezas, pero estábamos perfectamente; íbamos hablando y

riéndonos mientras cruzábamos la calle, y entonces se acercó embalado el puñetero coche. El miserable que lo conducía llevaba las luces apagadas y no pudimos oírlo llegar porque unos tíos que estaban junto a nosotros tenían la música del coche muy alta. Aun así, yo pude oírlo a tiempo; cuando lo vi estaba a unos 15 ó 20 metros de nosotros, y no me dio tiempo ni de avisar a Benito, ni tampoco se me pasó por la cabeza empujar a mi amigo a un lado o agarrarlo del brazo para quitarlo de en medio. Actué instintivamente; me quité lo más rápido que pude y mientras lo hacía grité: "¡cuidado!", pero ya era tarde. Benito no tuvo tiempo de reaccionar. No vi nada más. Lo que es el accidente, me pilló de espaldas. Cuando me di la vuelta me quedé como tonto. El coche acababa de pasar por encima de Benito. Ni siquiera paró, el cabrón huyó lo más rápido que pudo y yo, no sé, no me creía lo que veía, Benito estaba en mitad de la calle con la ropa rota y manchado todo de negro, empezaba a sangrar por todos sitios y la pierna le temblaba sola. Yo me asusté mucho y salí corriendo gritando: «¡Una ambulancia, una ambulancia!» Cuando me calmé, me parecía una pesadilla, sólo quería despertarme, no quería enfrentarme a todo eso. Y bueno ya saben, lo demás...

—Sí, tranquilo. ¿Viste de qué color era el coche, o de que tipo era?

—No, en ese momento, no estaba yo para darme cuenta de nada. Sólo recuerdo que el coche era un turismo grande de color oscuro.

—Sí claro, es normal. En situaciones como esta, a cualquiera se le pasan todos esos detalles por alto —comprendió el agente sin insistir más en este punto; tan siquiera se molestó en preguntar por la matrícula u otros detalles minuciosos—. ¿Dices que el coche no llevaba luces? —continuó por otra línea.

—Si las hubiera llevado nos hubiéramos dado cuenta. O el tío iba muy borracho o de verdad pretendía atropellarnos, pues ni siquiera intentó frenar.

El semblante del policía se tornó pensativo: «Eso es cierto aunque ya lo sabía. En la calle no hemos descubierto huellas de frenazos ni nada. Pero cómo el chaval no me diga nada más de poco nos va a servir. Me parece que los mejores testigos van a resultar ser esos chicos que escuchaban música, a todo volumen, muy cerca de donde ocurrió el siniestro». Éstos, eran los mismos que Ismael ya mencionó en su exposición de los hechos. Fueron interrogados la misma noche del accidente, y tampoco observaron el siniestro con suficiente minuciosidad. No supieron decir de qué coche se trataba, ni precisar el color. Afirmaron que debía de aproximarse a un tono fuerte: rojo, azul, verde... porque si hubiera sido claro habría destacado en la oscuridad al reflejo de las farolas. También declararon que

creyeron adivinar un modelo antiguo por la forma en que se dibujaba la oscura silueta del vehículo y por el ruido del motor; añadiendo, con seguridad, que se trataba de un coche de tamaño mediano. No sabían nada más. La policía tenía en Ismael su última esperanza pero, para decepción de la misma, el implicado no parecía estar mejor informado que los demás.

El oficial gastó sus últimos cartuchos.

—Ismael, haz memoria ¿Pudiste darte cuenta de algún detalle que nos permita averiguar la clase de coche que era o una aproximación del mismo?

—No, ya le dije que me quedé como tonto, bien hubiera podido ser el trenecito de la bruja que no me hubiera dado cuenta —se reafirmó argumentando una curiosa metáfora. Ni él mismo podía comprender de dónde sacaba esos atisbos de humor en momentos tan amargos para él. El agente le dirigió una extraña mueca de desconcierto y decidió terminar rápidamente.

—A pesar de eso, ¿hay alguna cosa que creas que debemos saber?, aunque te parezca poco importante. Comprende que cualquier detalle puede sernos de suma importancia.

—Lo siento, lo único que tengo en la cabeza son las imágenes más crudas. Y, la verdad, es que me gustaría olvidarlas.

—Muy bien Ismael, gracias por tu colaboración, esperamos coger al culpable y hacerle pagar por todo. Procura descansar, y si alguna vez recordases cualquier cosa o crees que hay algo que puede ayudarnos, no dudes en contárnoslo. De momento, no te molestamos más, nosotros nos marchamos ya. Hasta luego.

—Adiós.

—Les acompaño a la puerta —se ofreció Caridad, que había escuchado callada, observando con preocupación cómo reaccionaba su sobrino.

Este segundo día, desde la desgracia acontecida, no tuvo más sorpresas ni visitas. A partir de ahora, solamente cabía esperar. En sí, era fácil, pero cuando se ha de esperar mucho tiempo teniendo como inseparable compañera a la soledad, lo único que acude a visitarte es la amargura y la desilusión, y éstas son muy malas ayudantes para seguir adelante en la brecha.

Al día siguiente, Ismael volvió de nuevo al hospital para ver a Benito. Iba muy nervioso, imponiendo un paso que le costaba seguir a su tía. Le dijeron que las últimas horas eran cruciales en la vida de su amigo. Si lograba superar el postoperatorio tendría medio camino recorrido, y con un poco de suerte quizás no sufriese demasiadas secuelas.

Ya en la sala de espera del hospital, el continuo paso de las horas martilleaba su paciencia. Todavía guardaba cierta esperanza de que todo volviera a ser como antes y que pronto pudiesen, juntos, volver a hacer fotos a parques, calles y plazas.

A las cuatro horas, el médico que lo operaba abrió la puerta del fondo del pasillo. Ismael, su tía, la madre de Benito y algunos familiares clavaron sus ojos en el doctor. Éste, conforme se acercaba a paso lento, les miró fugazmente con expresión desoladora y volvió a bajar la cabeza hacia el suelo. Todos lo entendieron, el destino ya había jugado sus cartas y los minutos de incertidumbre terminaron para siempre. Su amigo le había abandonado definitivamente. No fue capaz de superar la extrema gravedad de sus heridas. El descanso había llegado para Benito y un par de arrugas más se marcaron en el rostro de Ismael.

«¿Para qué voy a mantener la esperanza!», se preguntaba Ismael, «¿para que luego el golpe de la decepción sea más duro!». Y tan duro fue que, totalmente desconsolado, rompió a llorar por primera vez en su vida sin importarle que lo viese su tía y los allí presentes.

Dos días después se celebró el entierro. Acudió gran parte del pueblo. La muerte de un joven siempre era más dolorosa y conmovía a mayor número de ciudadanos. El coche fúnebre circulaba al paso de la multitud que lo seguía, cargando con un ataúd de oscura madera de cerezo que contenía el cuerpo inerte de Benito Rodríguez Blanco.

El trayecto hasta el cementerio transcurría lento y en silencio, tan triste que a una notable mayoría se le humedecían los ojos involuntariamente. Los llantos de la madre sobresalían entre el murmullo de la concurrencia. Su pena se acentuaba ante el hecho de perder al único hijo que tenía, y en el que había volcado todas sus esperanzas de perpetuar el fruto de su frustrado matrimonio. Su marido murió estando ella embarazada y nunca volvió a casarse. Su único vástago era Benito, y la vida de éste constituía la conexión imprescindible que la ataba a este mundo. Era su razón de existir y ahora el destino se lo había arrebatado. No alcanzaba a comprender el porqué de semejante injusticia, hubiera preferido, sin lugar a dudas, sacrificarse a sí misma para salvar a su niño porque ahora ya no le quedaba nada; todo el esfuerzo de una vida realizado en balde. Parecía

como si esta desgracia fuese un experimento para comprobar cuánto dolor y sufrimiento es capaz de aguantar una persona antes de volverse loca. Para ella, el experimento llegó a su fin pocos días después. Murió dos semanas más tarde, de una neumonía según el informe médico; aunque, seguramente, fue de tristeza y de impotencia ante la ausencia de ilusiones que la motivasen a seguir. La muerte era su mejor medicina, el dulce sueño del que deseaba disfrutar eternamente. De este modo, acabó la historia de una familia, repleta de tormentos y desdichas que el destino había preparado para ellos sin ninguna clemencia por su parte. Ismael ni siquiera se enteró del fallecimiento de la madre de Benito. Su conexión con ella se cortó, irremediablemente, desde mismo día en que perdió a su amigo.

Ismael también vertía sus lágrimas conforme caminaba a pocos metros del ataúd. «Estoy harto de esta miseria» se lamentaba amargamente. El rumbo de su sino se había doblegado ante un violento y crudo giro al que nadie hubiera podido adaptarse de la noche a la mañana. Sabía que quedaba mucho dolor que soportar.

Después del funeral su vida se inundó en la monotonía. Se tornó triste y solitaria. Pasados unos días, comenzó a ir de nuevo al instituto. Allí, algunos compañeros de clase y muchos de sus profesores, le ofrecieron sus condolencias por lo ocurrido. Un simple "lo siento", algo que ni tan siquiera se atrevieron a dedicarle sus primos o su tío, aunque Ismael sabía que, en el fondo, ellos también compartían su pesar. Sin embargo, todo ser humano suele necesitar consuelo y apoyo ante tamañas desgracias, y en su familia, solamente su tía se lo ofrecía.

Mala época le esperaba. Durante los días posteriores al reciente desastre recibió visitas de varia gente: tíos, primos, vecinos y algunos que, ni tan siquiera conocía, y que probablemente acudieron simplemente con la intención de fisgonear. Así de hipócrita podía resultar ser la naturaleza humana.

Tras un par de semanas, las visitas cesaron y todo volvió a la normalidad. Todo excepto él mismo. Mientras los demás ya habían olvidado, a Ismael le aguardaba la verdadera crisis por lo sucedido, y ésta no había hecho más que empezar.

La ferocidad de la soledad es una sensación que únicamente experimentándola se puede llegar a conocer realmente, y es una emoción nada recomendable para el espíritu.

Ismael comprobó en sus propias carnes la naturaleza cruel de este desapercibido castigo. Necesitaba a alguien con quien compartir su dolor, con quien divertirse, con quien discutir... alguien que le apoyase en momentos como éste. Y, sin embargo, esperaba inútilmente la aparición de esa persona. Sabía que nadie vendría a consolarle, sólo su tía se encargaba de tal misión en sus horas libres. Pero apremiaba el consuelo de alguien más. Desafortunadamente, no tenía ni remotísima idea de dónde encontrar esa clase de apoyo. ¿Con quién contaba? ¿A quién llamar?... Absolutamente nadie. No conocía un solo individuo para charlar con confianza, y además casi toda la gente le trataba como a un trastornado, como si fuese un salvaje incapaz de convivir armónicamente dentro de la sociedad.

El pobre muchacho vivía encadenado a la compañía artificial del televisor o aprisionado entre los fríos tabiques de su desértico dormitorio. Y en cualquiera de ambos momentos, nostálgicos recuerdos de días pasados le machacaban el alma. Tan sólo pedía, dirigiendo sus súplicas al vacío, pequeñas dosis de compañía y paciencia por parte de algún prójimo comprensivo, a sabiendas de que éstas no llegarían a oídos de ningún platónico aliado.

Su tía, a veces, conseguía animarle un poco, pero ella tenía una vida que atender y los quehaceres propios de la misma. Ismael precisaba, exactamente, de alguien con quien poder compartir sus años de juventud pero, ante tales perspectivas, esta fase de crecimiento transcurriría triste y con escasas posibilidades de aprovechamiento.

Por parte de su tío Bruno y de sus primos apenas recibía ningún apoyo. Las veces que le dirigían la palabra solía ser más para achacarle su apatía, lo que contribuía a que Ismael se sintiera, además de solo, despreciado también por sus más allegados. Y el resto de conocidos tampoco parecía dedicarle mucho interés, le miraban como si aún no se hubiera recuperado del shock traumático o, al menos, ésta era la sensación que él percibía.

Los efectos de este aislamiento social fueron pronto evidentes. Ismael había dejado de otorgarle un valor importante a lo que otros llamaban vida. A menudo le asaltaban ganas de morir e imaginaba que ojalá le hubiera arrollado aquel maldito tren. Ahora, tendría que esforzarse en acumular el valor necesario para intentarlo de nuevo. De todos modos, por el momento, no se encontraba con ánimo para nada, ni siquiera para suicidarse, opción que debía meditarse seriamente, y para la que, además, se precisaba mucho valor.

Dando vueltas a tales reflexiones, caía en la cuenta de lo triste del asunto; yacía atrapado entre la espada y la pared, y el pesimismo se apoderaba de sus pensamientos llegando a conclusiones precipitadas, aunque no por ello desencaminadas: «¡Esto es una mierda!, muchas veces es la vida bastante más cruel que la muerte».

Capítulo 3

CAPÍTULO 3

OTRA DUDOSA IDEA

25 de Octubre

Habían pasado algo más de tres semanas de una vida invisible para Ismael. Era como si le hubieran encerrado en el limbo. Cada vez estaba peor, tanto psíquica como físicamente. El único aspecto positivo podría ser que había perdido unos diez kilos y ahora rondaba los ochenta, aunque le faltaban ojos para fijarse en ello.

Indudablemente, su vida necesitaba un cambio y allí no ocurriría nunca. Debía mover ficha inmediatamente. No se sentía a gusto, no lo trataban como a una persona normal, y estaba harto de sentirse aislado y sumido en los tormentos del recuerdo. Pensó en qué clase de estrategia podría utilizar para acabar con este círculo vicioso que le estaba engullendo el alma. Y lo único que se le ocurría era tomarse unas vacaciones, largarse de allí hacia un sitio donde nadie le conociese, a un lugar donde poder empezar de nuevo, donde escapar del pasado que no le dejaba vivir. Esta idea accionó, nuevamente, los engranajes de su cerebro, y decidió emplear sus malgastadas horas en urdir un buen plan de fuga, la escapada de un hogar que hacía las veces del peor calabozo.

¿Sería éste un movimiento acertado? No lo sabía, pero estaba seguro del perjuicio de continuar cruzado de brazos, y como decía una famosa frase célebre: "Un hombre cuando ha de hacer algo, hace algo; aunque no sea exactamente lo que haya que hacer".

A Ismael no se le ocurrió otro comienzo más original, así que éste le pareció apropiado:

Querida Tía:

Siento mucho que las cosas tengan que ser así. He tratado de no dar problemas y que no tengáis que preocuparos por mí, pero es mejor que me vaya, al menos por una temporada, a tratar de empezar de nuevo en otro lugar donde no me traten como a un loco.

Siento mucho irme de esta manera, pero pensé que no lo comprenderíais y hubierais intentado hacerme cambiar de opinión. Yo

estaré bien, así que no te preocupes por mí y no organices ninguna búsqueda como esas de la tele. Gracias por ser tan buena conmigo, gracias por portarte así. Te echaré de menos. Espero conseguir que algún día estés orgullosa de tu sobrino.

Quédate tranquila. Un beso y saluda a los demás de mi parte.

Ismael terminó emocionándose al concluir esta última parte. Le resultaba muy duro tomar tan drásticas medidas, estando a un tris de echarse atrás; algo que, según su criterio, no debía hacerse una vez se ha tomado detenidamente una decisión.

Tras doblar el folio e introducirlo en un deslucido sobre alargado, se secó rápidamente los ojos con los dedos y colocó verticalmente, con ayuda de unos libros, la carta de despedida en el centro de su escritorio.

Todo le parecía un sueño, algo irreal. Todavía no entendía que los acontecimientos hubieran llegado tan lejos, aunque no cabía sino hacerse a la idea. Al fin y al cabo, su vida siempre había estado llena de alteraciones: la muerte de su padre y de su madre, una nueva vida con sus tíos, la falta de amigos, la pérdida del único que tenía... Ahora quién sabe lo que le esperaba.

En semejante situación de incertidumbre, Ismael dudaba bastante de que ésta fuera una buena solución pero necesitaba variar el rumbo y, para ello, era ineludible asumir ciertos riesgos. Por tal motivo, aunque esta opción no pareciese muy alentadora, sí que era la menos mala que se le había ocurrido.

Con su mochila cargada de dudas, miedos, algo de ropa, su cámara de fotos, determinados documentos importantes y con, aproximadamente, unas cuarenta mil pesetas que sumaban todos sus ahorros, salió sin hacer ruido de la habitación. Era la una de la madrugada y confiaba en que nadie estuviera despierto. El camino se abría a sus pasos sin ningún obstáculo que le impidiera su fuga. Prácticamente en la oscuridad, amortiguada ésta por pequeños haces de luz procedentes del exterior, se encaminó sigiloso hacia el salón. Conocía al dedillo los pasillos y estancias de la casa, no obstante, se desplazaba con cuidado para no tropezar con nada. Le asustaba encender la luz ante la idea de que el simple clic del interruptor bastase para que alguien lo descubriese. Una vez en el salón, echó un vistazo por la ventana. La calle se mostraba solitaria. Era lunes laborable, y estos días casi toda la gente los usaba para descansar. Tras recobrar la calma, después de las pertinentes comprobaciones y de retomar el control del ritmo de sus latidos, Ismael se acercó a la puerta de la calle. La abrió muy despacio, como si de un ladrón se tratase, y la cerró de igual modo para que no diera portazo, no sin antes despedirse,

con un silencioso "hasta luego", del que había sido su hogar durante muchos años.

Se marchó cobijado en la soledad de la noche, dejando atrás las hipnotizantes paredes de aquella casa, ahora oscura y con un extraño vacío en su interior, un vacío que emanaba de la habitación de Ismael.

¿Qué haría ahora? Avanzando a la deriva a través de un mar inexplorado, cuál botella de naufrago en busca de buenas playas para su mensaje.

En primer lugar, se proponía, simplemente, buscar un empleo en alguna gran ciudad donde nadie supiera de él y fuera fácil pasar desapercibido. Y después, a esperar con optimismo, la aparición de una oportunidad que le indicase el camino a tomar.

Con la tranquilidad de la noche tomó las aceras con energía, extrayendo ánimos de las melodías que su walkman le proporcionaba. Escuchaba un tema de un consagrado cantautor, inmiscuyéndose en unas letras con las que se identificaba en gran parte de sus estrofas:

...Últimamente

planeo una huida,

para rehacer mi vida,

probablemente en Marte.

Seguro que allí no hay nadie

empeñado en aconsejarme:

"Ismael, ¿qué te pasa?,

no estudias, no trabajas"

Y qué vamos a hacerle

si es que últimamente,

ando algo perdido,

si te necesito.

Si de un tiempo a esta parte,

me cuesta tanto, tanto, tanto,

me cuesta tanto no amarte...

(Canción perteneciente al cantautor madrileño Ismael Serrano; incluida en su álbum "La memoria de los peces", titulada "Últimamente")

Capítulo 4

CAPÍTULO 4

¡A LA AVENTURA!

26 de Octubre

Anduvo durante toda la noche, sin prisa pero sin pausa. No quería que lo reconociesen en la estación de su pueblo, así que recorrió, a pie y difuso en la oscuridad de la noche, casi veinte kilómetros por un polvoriento y desamparado camino que desembocaba en un modesto pueblo vecino llamado Socuéllamos. Poco antes de llegar, pudo contemplar los primeros albores de la mañana, y minutos después, los rayos de un bellissimo sol naciente le recibieron con seducción, una curiosa esfera anaranjada que pintaba las nubes del típico arrebol que promete un día agradable.

Entró en la localidad agradecido pero con cierto recelo. Se lanzó hacia las calles mientras observaba inseguro a los escasos viandantes que se dirigían hacia sus sacrificados trabajos tempraneros, unos en coche y otros andando. Conforme avanzaba la mañana iban apareciendo algunos niños de camino hacia sus colegios, unos acompañados de sus madres, otros con amigos y muy pocos, al igual que él, en solitario. Empezaba a notar el cansancio acumulado, tanto por el esfuerzo de la caminata como por la falta de sueño. Optó, por tanto, por buscar algún cobijado parquecillo que dispusiese, a ser posible, de un banco indefenso ante los cálidos rayos solares a su disposición. El día había progresado lo suficiente como para lograr despojar al frío de sus temperaturas más inclementes. Ahora fue cuando se percató de las consecuencias del crudo invierno; le esperaban mañanas muy duras, con niebla, lluvia y quizás nieve. Pensó que, tal vez, habría sido mejor escoger la primavera para marcharse. ¡Qué importaba! Ya no tenía remedio, era mejor no martirizarse con los aspectos negativos.

A la media hora, Encontró, finalmente, un agradable banco acariciado por la luz del sol y se tumbó un rato con la intención de descansar. Consiguió dormir algo, pero a rachas. Se sobresaltaba cada poco cuando alguien cruzaba cerca de su improvisado camastro. Cerca de la una del mediodía, unos chavales jugando al fútbol, le privaron definitivamente de su letargo. Tendrían unos ocho o nueve años y no paraban de pedirse el balón a voces. Ismael, desperezándose, se quedó en Babia mirándolos atentamente; mientras tanto, su estómago empezó a avisarle de que era necesario proporcionarle nutrientes que digerir. En ese momento, un chico

dijo algo que le llamó la atención.

—¡Aquí Benito, pásala! —y su compañero intentó pasarle la pelota, pero tan mal le pegó que el balón se desvió en dirección a Ismael.

Éste se reincorporó y agarró el balón entre sus manos. Enseguida se presentó ante él uno de los niños reclamándoselo.

—¡Pase el balón!

—Toma —Ismael alargó la pelota— ¿Cómo te llamas? —le preguntó intrigado por la coincidencia con el nombre de su amigo recién perdido.

—¿Yo? —el muchacho, extrañado, tardó un rato en contestar—. Benito.

—Yo tenía un amigo que se llamaba como tú —susurró Ismael, dirigiéndose a sí mismo más que al chaval.

Al niño no se le ocurrió nada que decir. Mientras tanto, todos sus amigos se acercaron corriendo.

—¿Queréis que os haga una foto? —propuso de repente Ismael; pero se quedó con la palabra en la boca, un chaval agarró el balón y todos volvieron como locos a jugar junto a los columpios.

«Tengo que tratar de olvidar» recapacitaba Ismael. «Mi pasado no es más que un lastre. Ha llegado el momento de decir Adiós si no quiero deprimirme pensando en los viejos tiempos. Adiós Benito, tú has sido mi mejor amigo y siempre te recordaré, pero ahora debo intentar centrarme en mí mismo si quiero salir adelante, aunque para ello tenga que olvidarte un poco».

Sin más demora, salió de aquel parque para reencontrarse con la realidad. En un supermercado cercano compró unos bollos con chocolate y unas mandarinas y, en cuanto cruzó las puertas, se dispuso a engullir los víveres mientras tomaba rumbo hacia la estación de tren. A estas horas, probablemente, ya lo estuviese buscando la policía; por si acaso, se movió con cuidado. Se detuvo un momento ante su objetivo para comprobar, a lo lejos, que no había moros en la costa. Después, se refugió rápidamente en la terminal y se dirigió nervioso a las taquillas. En el panel de información echó un vistazo a posibles destinos: Madrid, Valencia, Albacete y Toledo. Él buscaba una ciudad alejada, al menos, un par de cientos de kilómetros de su pueblo, de tamaño mediano, no muy cara, con posibilidades de trabajo y donde pudiese conservar su anonimato.

Finalmente y sin pensárselo demasiado, decidió que Toledo podría cumplir, más o menos, estos requisitos. En la taquilla consiguió el billete con la única dificultad del previo pago.

El tren no partía hasta dentro de tres horas. Para matar el tiempo, decidió dar un paseo por el pueblo y comprar algo baratito con lo que abastecer su alimentación durante el resto del día. Invirtió una pequeña parte del dinero, dosificándolo sensatamente, en una botella de agua, un par de plátanos y un bocata de chorizo pamplonica con lo que se apañaría por el momento.

El viaje transcurrió tranquilo. El contratiempo más grave con que se topó fue compartir ventanilla con un señor tan corpulento como él, lo que restringía la libertad de espacio de ambos.

Acababa de anochecer cuando llegó a su destino. Se apeó entre la muchedumbre, aún con cierta cautela, y salió de la estación observando de reojo la belleza de un techo esculpido en madera que le sugería un estilo árabe. Tras cruzar lentamente la pequeña terminal, emergió por una de las puertas principales para encontrarse con el frío aire toledano que lo recibió con extrañeza y desorientación. Pudo contemplar enseguida, en el cercano horizonte, los hermosos edificios medievales de la ciudad, sin recrearse demasiado, pues estaba cansado y era tarde. Sabía que no disponía de mucho dinero, por lo que desechó la idea de dormir en un hostel. La otra opción era buscar un sitio discreto y cobijado donde pasar la noche. Tomó rumbo por una avenida, solitaria en cuanto a viviendas, pero con algo de tráfico. En unos minutos se encontró con el río Tajo bajo sus pies; la avenida hacía las veces de puente. Se asomó a la barandilla y pudo contemplar el manso caudal que se adentraba en la ciudad. Desde allí, también observó un parque situado a sus orillas. Decidió ir a explorarlo, a ver si podía pasar allí la noche.

El sitio le pareció tolerable. No tenía ganas de complicarse en la búsqueda de una incierta óptima ubicación, por hoy era suficiente. Cenó algo de lo que le quedaba del súper, se abrigó bien e intentó conciliar el sueño.

Se despertó repetidas veces, unas por el frío y otras por el ruido de los coches. Después de tres horas en el lugar, apenas había conseguido descansar. El clima estaba pasando de gélido a glacial, lo que no contribuía nada a su reposo. Tenía toda la cabeza helada, principalmente las orejas y la nariz. Decidió que era mejor levantarse de allí si no quería morir congelado. No obstante, le asustaba mostrarse demasiado en público en aquellas horas tan intempestivas. Su situación era difícil pues huía tanto de la policía como de los ladrones, lo que restringía bastante su radio de acción. Sin embargo, ante las inclemencias del tiempo, optó por arriesgarse un poco y acercarse al cobijo de la estación de autobuses que

podía divisarse desde allí.

Las calles se encontraban prácticamente desiertas. Atravesó una explanada donde se situaba una parada de taxis, ocupada solamente por dos vehículos a la espera, con sus conductores al refugio de la calefacción. Le sorprendió muchísimo la presencia de varias prostitutas patrullando la zona, demasiado ligeras de ropa para la temperatura que marcaban los termómetros. Tras escuchar el sonido de unas sirenas, sin poder precisar si era una ambulancia o la policía, apretó el paso hacia la sala de espera que le serviría de cálido dormitorio por esa noche.

Su espalda quedó maltrecha y resentida de aquellos asientos, fabricados de duro plástico azulado, que le sirvieron de colchón durante unas cuatro horas. Alrededor de las seis de la mañana comenzó a aumentar el caudal de pasajeros imposibilitando la tranquilidad del descanso que él deseaba. Al menos, pudo recuperar parte de sus fuerzas, le bastaría para afrontar el día que le esperaba. Consiguió camuflarse como un viajero más y nadie le incomodó durante su pequeña siesta. Para ser gratis, la estación de autobuses había resultado ser un hotel bastante admisible.

Antes de salir el sol, se marcó su primer objetivo de la jornada: buscar alojamiento. Pasó casi toda la mañana buscando pisos compartidos; prometían ser lo más económico y adecuado a su situación. Miró en periódicos, en todos los paneles informativos de los centros universitarios que encontraba en su camino, y en varias farolas y cabinas telefónicas, atestadas de papelitos, donde la gente también exponía sus intereses.

En una oficina de turismo le regalaron un pequeño mapa con el callejero de la ciudad que le vino como agua de mayo. Lo utilizó para guiarse en aquella desordenada capital donde era difícil orientarse usando simplemente la capacidad espacial de la que uno dispusiese. Las calles eran sinuosas y poligonales, trazadas sobre una vasta extensión de terreno complicada de recorrer a pie.

La mañana avanzaba, había dado muchas vueltas y estaba cansado, por lo que buscó, entre las notas que había tomado, algún anuncio interesante para empezar a hacer llamadas. Decidió probar suerte con el más económico:

SE BUSCA CHICO PARA COMPARTIR PISO CON

ESTUDIANTES. A DIEZ MINUTOS DE LA UNIVERSIDAD.

14.000 PESETAS

TELÉFONO: 555 919551

En una cabina, rebuscó lo que le quedaba de calderilla, esparció todas las monedas sobre un pequeño mostrador a disposición de los usuarios, y se dispuso a marcar números de teléfono hasta dar con algún alojamiento.

—Diga —contestó la voz de un joven.

—Hola ¿Es ahí donde se busca compañero de piso?

—Sí, aquí es. Tenemos una habitación libre.

—En el anuncio pone que el precio es de catorce mil.

—Correcto. Más dos mil pesetillas más de comunidad. Menos de eso no te podemos ofrecer. De precio está bastante bien —le aseguró aquella voz educadamente.

—Muy bien ¿Podría quedar contigo para ver el piso?

—Sí, sí ¿Cuándo te viene bien?

—En cualquier momento pero, cuanto antes, mejor.

—Pues si quieres, dentro de media hora te puedes pasar por aquí.
¿Puedes apuntar la dirección?

—Sí. Dime —se preparó Ismael sujetando el auricular entre el hombro y la oreja.

Ismael se sorprendió de la facilidad con que se desarrollaba el camino hacia sus propósitos. A la primera llamada, quizás tuviera la suerte de encontrar un sitio donde vivir.

Gracias a la ayuda del imprescindible callejero localizó la calle, ubicaba en un periférico barrio llamado Santa Bárbara, y se presentó allí con diez minutos de adelanto. Tras dudar unos segundos, ante la frialdad de

aquella placa de timbres, pulsó nervioso el botón correspondiente al 3ºB.

—¿Quién? —contestaron por el interfono.

—Soy el que viene a ver la habitación.

—Vale, sube.

Ismael, ante la ausencia de ascensor, encaró las escaleras hasta el tercer piso. Se notaba que el edificio era viejo, pero no estaba mal cuidado. Cuando se abrieron las puertas, se encontró frente a un chaval joven, de unos veinte años. Al parecer, por su indumentaria, le gustaba bastante la música heavy. Vestía pantalón vaquero negro con sudadera de "Iron Maiden" y lucía una enmarañada melena negra que le llegaba a la altura del hombro.

—Hola. Yo soy Nacho —el muchacho tendió la mano e Ismael se la estrechó tembloroso.

—Hola, yo soy Ismael.

—Vale. Pues nada... —dijo gesticulando con las manos con pretensión de ir al grano—...Entra a ver el piso. Aquí, a la vuelta a la izquierda, está la habitación en cuestión —Nacho indicó que le siguiera por un estrecho pasillo que se adentraba en la casa.

Ismael echó un vistazo al posible cuarto que podría habitar. El dormitorio era recogidito, de forma cuadrada, paredes blancas y con el suelo de parquet. El mobiliario no era nada del otro mundo. Una cama de noventa en el rincón del fondo flanqueada por una mesita, un escritorio bajo la ventana en la pared de la derecha, y un sencillo armario justo a la izquierda de la puerta de entrada. Todo era de madera clara y algo arañada por el uso indebido de algún antiguo negligente inquilino. Las calidades eran peores que en casa de su tía Caridad, pero a Ismael le gustó, era más de lo que necesitaba. Tampoco le importaron algunas manchas de humedad en los tabiques, pues no parecían nada serio.

—No está mal del todo —comentó Ismael.

—No es gran cosa, pero está muy bien para lo que vale. Ven que te enseñe lo que queda.

Todo lo demás seguía la misma línea. El alojamiento contaba además con una gran cocina, un salón con terraza a la calle, un cuarto de baño con

ducha y bañera, y tres habitaciones más.

A excepción de la cocina y el cuarto de baño que estaban embaldosados con gres, el resto de suelo era de idéntico parquet al de su habitación, si bien estaba ya para el arrastre. La pintura amarillenta, acumulaba décadas y algunos desconchones; y en cuanto a los alicatados del baño y la cocina, se plasmaban en los típicos baldosines blancos y cuadrados, ya descoloridos, del año en que se hacía la mili con lanza.

A Ismael le era indiferente. No le quedaban ganas de recorrerse la ciudad buscando otro piso mejor. Su prioridad era el precio. Además, el inmueble disponía de calefacción central, particularidad que le iba a venir excelente para pasar el invierno.

La visita al piso había concluido; ahora, solamente faltaba solventar la cuestión del dinero.

—Entonces... ¿Serían catorce mil más dos mil de comunidad? —preguntó para cerciorarse de la inexistencia de gravámenes adicionales.

—Sí, pero ten en cuenta que en la comunidad se incluye el agua, la basura y la calefacción.

—O sea, que todo eso queda ya pagado, ¿no? Y luego, estarían aparte la luz...

—Y el gas, que tampoco suele ser mucho: unas dos mil pelas al mes.

—De acuerdo. ¿Y para cuándo podría instalarme?

—Eso... Cuando tú quieras. Por cierto ¿Para cuánto tiempo sería?

—No lo sé exactamente, unos meses, un año. Según me vayan las cosas.

—¿Qué eres? ¿Estudiante también?

—No, he venido aquí por trabajo.

Ismael no continuó con su historia, prefirió cortar el tema con un pausado silencio. Nacho tampoco hizo más preguntas a su futuro compañero de piso, pues no lo veía con muchas ganas de hablar.

—¡Bueno, tú mismo! Esto es lo que hay.

—Vale, si no hay inconveniente, voy a empezar a instalarme ya mismo.

—Pues nada. Luego te presentaré a mis compañeros de piso cuando vuelvan de clase, y ya aclaramos el tema del dinero y te explicamos cómo

nos vamos organizando en el piso. Bueno, puedes ir colocando tus cosas, yo mientras tanto voy a ir haciendo la comida. Si me necesitas para algo estoy en la cocina. ¡Oye!, si quieres te puedes quedar a comer, voy a hacer espaguetis.

—Gracias me encantará quedarme así ya me voy haciendo a todo.

—Sí, sí. Tú como en tu casa. Venga, hasta luego.

—Hasta luego.

El ambiente era algo frío, como suele ser habitual en cualquier principio. De todos modos, Ismael no se sentía apartado, quizás un tanto extraño pero aceptado, provisionalmente, por aquel desconocido que se había tomado la libertad de admitir al inquilino sin comentárselo previamente a sus compañeros. Por un momento, dejó de pensar en el pasado para comenzar a dar vueltas a los planes del futuro. Cuando perdió de vista a Nacho por el pasillo, bajó de las nubes y entró en su nuevo cuarto. Vacío, por fin, la mochila del instituto y el bolso deportivo con los que había cargado durante todo el viaje. De éstos, extrajo todas sus pertenencias: su ropa, la cámara de retratar, algunas fotos y recuerdos, el despertador, la calculadora, folios y bolígrafos, el dinero, documentos personales y algunos casetes de música, ya que pesaban poco e incluso podría venderlos si necesitase dinero, pequeños detalles a tener en cuenta si pretendía sobrevivir.

Fue un día completo para Ismael. Después de preparar la habitación a su gusto, decorándola con varias fotos de paisajes, monumentos, animales y sólo dos de personas, concretamente de Benito y de su tía Caridad, fue a disfrutar de la comida con los que, a partir de ahora, serían sus compañeros de piso y, a ser posible, también amigos.

Conoció a Fran y Fernando cuando llegaron de sus clases. Fernando era de la misma edad que Nacho. La primera impresión que tuvo de él fue la de un tío demasiado serio. Era escuchimizado, de tez blanquecina y pelo corto, muy oscuro; además, las gafas, de trazo fino, sobre esa nariz puntiaguda, acentuaban su seriedad. Sin embargo, también hacía sus bromas y se reía de vez en cuando, por lo que tampoco debía ser mal tipo, pensó Ismael.

En cuanto a Fran, lo veía como a un ligoncete risueño amante de la diversión que lanzaba chascarrillos continuamente, de índole sexual casi siempre. A Ismael, reservado como era, no le agradaba mucho que Fran se pitorreara de cualquier cosa y que no parase de hablar. Además,

también notó en él un carácter impulsivo, típico del joven juerguista que se lía a pelear cuando hablan mal de su madre.

Tanto uno como otro estudiaban Ciencias Empresariales en un antiquísimo centro universitario. Era el primer año para ambos. Fernando no lo llevaba mal, se interesaba por los estudios e incluso ya daba la impresión de ser un empresario, dado su porte, todo serio y formal, y su vestuario, no iba de traje pero sí elegantemente ataviado.

De Fran podría decirse que era la cara opuesta de la moneda. Poco entusiasmado con las asignaturas, volcaba su atención en sus ligues y en todo lo relacionado con ellos. Su pelo era rubio, donde no podía faltarle una especie de tupé; sus ropas, solían variar dependiendo de la moda que se llevase. Otros aspectos destacables eran que sólo él fumaba en el piso, si bien nunca en salas comunes, y que siempre estaba dándole a la lengua, haciendo gracias para camelarse a las chicas guapas o simplemente para obtener popularidad entre los conocidos.

Nacho, el heavy, era ya el colmo de la extravagancia. Estudiaba Informática, pero tampoco era su sueño. Todavía no tenía claro qué quería ser en la vida. La música le gustaba bastante; estaba aprendiendo a tocar el bajo con intención de montar un modesto grupillo, si bien, carecía de cierta iniciativa para conseguirlo; pero donde realmente se mostraba auténtico era en las conversaciones. Hablar con él era acabar, por lo general, en resultados absurdos y divertidamente irónicos aderezados con un humor muy particular. A todo le sacaba punta y le costaba muy poco encontrar el doble sentido a las palabras. Si le pedían la hora, soltaba que no era dueño del tiempo, que eso dependía del universo, con el movimiento de los astros; si le decían que cambiase la tele, contestaba que si por una radio o por una pecera; y esa era básicamente su línea.

Resumiendo la situación: resultaba que al final había ido a parar a vivir con Fran el guapetón ligoncete, Fernando el serio empresario, y Nacho el incisivo heavy metal.

Ismael estaba muy cansado, por lo que nada más terminar de comer fue a echarse una siestecilla. Había tenido un primer contacto interesante con sus nuevos compañeros de piso, pero aún le quedaba mucho de ellos por conocer.

El resto del día lo dedicó a cerrar todos los asuntos pendientes. Pagó el primer mes de piso: dieciséis mil pelás de golpe. Por lo menos, disfrutaría de alojamiento asegurado para todo un mes. Hasta el próximo veintisiete de Noviembre no tendría que volver a apoquinar. Debía encontrar un trabajo ya mismo si no se quería ver en apuros económicos pues, según la

previsión de su departamento de tesorería, no iba a disponer de dinero para hacer frente a ese dispendio.

Sus compañeros, también le explicaron que cada día le tocaba a uno hacer la comida y fregar. Y que iban a medias en todos los gastos de alimentación, productos de limpieza y demás. Ismael pudo unirse a esta filosofía de convivencia pero, como andaba tan justo de dinero, pensó en hacer una auto economía de guerra por su cuenta, comprando su propia comida y lo mínimo imprescindible. A los compañeros, de momento, no les importó.

Ismael salió a media tarde, a dar una vuelta de reconocimiento por el barrio. En un hipermercado que no caía muy lejos compró pasta, atún, arroz, legumbres, manzanas, salchichas Frankfurt y un paquete de pan de molde bastante más barato que el tradicional; total: seiscientos treinta y siete pesetas. Planeó tener con todo ello suficientes víveres para lo que restaba de semana. Por lo visto, irremediablemente, seguiría el proceso de adelgazamiento que había tomado fuerza un par de días atrás; al fugarse de casa y perdiéndose, en consecuencia, las sabrosas comidas que su tía siempre le preparaba. Al menos, podía consolarse ante la posibilidad de quedarse hecho un figurín, y con lo alto e imponente que era, tal vez las chicas se perdiesen por él.

Ismael cenó, por su cuenta, una manzana y tres salchichas calentadas al microondas y cobijadas entre las reblandecidas rebanadas de pan artificial. Mientras tanto, Nacho, Fernando y Fran disfrutaron de unas apetitosas chuletilas de cerdo escoltadas por dos brillantes huevos fritos. Se mostraron generosos y le ofrecieron una de aquellas humeantes chuletas. Sin embargo, él la rechazó con cortesía; aceptarla lastimaría su orgullo. Además, no quería entrar en la dinámica de que siempre le ofreciesen, podía ponerles en un compromiso sin quererlo y acabar siendo el gorrón del piso.

Después de la cena, se quedó un rato viendo la tele con ellos. Veían "Cuéntame", una serie inspirada en los años de Franco que tenía como protagonista a una familia de entonces. Era bastante realista y divertida y ayudaba a conocer la época de sus padres.

Nacho y Fran estaban cómodamente sentados en el sofá, mientras que Fernando y él permanecieron en sus sillas, ya que el sofá había superado su aforo máximo. Fran, que no estaba muy pendiente de la serie, quiso romper el hielo con el nuevo inquilino.

—¿De dónde eres tú, Ismael? —preguntó de repente.

—De un pueblo de Albacete —contestó Ismael, tímidamente, sin apartar la vista del televisor.

Cuando Fernando oyó la respuesta, mostró cara de sorpresa.

—¡Anda! ¡Qué casualidad! Yo también soy de Albacete. ¿De qué pueblo exactamente? —preguntó Fernando.

—De Villarrobledo. No es muy grande pero es el pueblo que más viñas tiene de toda España.

—¡Hostias! Yo soy de La Roda —esta ciudad estaba solamente unos cuarenta kilómetros de Villarrobledo. De ahí se explicaba el asombro de Fernando, si bien, Ismael no mostró el mismo entusiasmo.

—Sí es casualidad, sí —se limitó él a comentar.

—¡Vaya, vaya! Así que tenemos a dos albaceteños en el piso. A ver si vais a hacer un monopolio en el piso y nos jodéis a Nacho y a mí —a Fran, le gustaba utilizar en sus bromas cosas propias de su carrera—. Pues yo soy de Almadén, y Nacho de Zamora.

—No, de Zamora no, de Fontanillas de Castro, el pueblo con más cabezas ovinas de raza judía de España —rectificó Nacho, burlándose a su estilo, pero sin malicia, del anterior comentario de Ismael.

—¡Ya ves! Si eso es una aldea que no la conoce ni Dios, de lo pequeña que es —se mofó Fran del informático.

—Yo no he dicho que sea grande; y no te metas con mi pueblo que en el tuyo seguro que te da cáncer de pulmón por el gas de las minas.

—Bueno... ¿Y tú que haces aquí en Toledo? —volvió Fran con Ismael.

—He venido a cambiar de aires. A trabajar, y a ver si empiezo a hacer mi vida.

—Y allí en Villarrobledo, ¿qué hacías? —preguntó Fernando

—Nada. Estaba estudiando, pero he preferido ponerme a trabajar.

Se entretuvieron hablando un rato más, para conocerse mejor. Si bien, Ismael se mostró reservado. Se sentía incómodo ante tantas preguntas. No tenía ganas de inventarse mentiras para hacerse pasar por un chico normal, así que se mostró algo evasivo para que no le dieran la tabarra

que tanto había sufrido últimamente.

A las once pasadas se marchó a dormir. Mañana le esperaba otro largo día, en el que se propuso comenzar la búsqueda de trabajo lo más rápidamente posible.

Antes de echarse en la cama, quiso hacer un currículum para entregarlo al día siguiente, en cualquier sitio donde hubiera posibilidades. Lo hizo a mano, eso sí, con muy buena letra. Si se hubiera atrevido, podía haberle pedido a Nacho que le ayudara, ya que como todo buen informático que se precie, tenía un potente ordenador, y con estos modernos aparatos solían quedar mucho mejor los documentos. Además, hoy por hoy, todo el mundo entregaba el currículum, por lo menos, a máquina.

Pensó en que mañana tendría que comprar un periódico, o mejor, visitar la sección de diarios de la biblioteca a ver qué encontraba. No estaba la situación como para gastar dinero alegremente. Después, llamaría a los trabajos y haría un extenso recorrido por las principales empresas de la ciudad para repartir fotocopias de su currículum. Una vez realizadas estas tareas, sólo quedaría esperar a que le llamasen. Y ahora cayó en otro inadvertido detalle: que le llamasen... ¿A dónde? No tenía móvil, otro problemón. Intentó pensar una solución que le permitiese prescindir del teléfono, pero no la encontraba. Debía estar localizado si quería que le ofreciesen algún puesto. Optó, ante el escollo, cambiar los planes: a primera hora saldría a por el móvil más barato que encontrase. Una opción, para evitar el gasto, podría ser pedirselo prestado a Nacho o a Fernando, que eran los que mejor le caían; sin embargo, carecía de la osadía y la desvergüenza para implorar su ayuda; los acababa de conocer y no iba a empezar mendigando.

¡Nada, otra factura más, como mínimo... cinco mil del ala!

Cobijado entre las añoradas sábanas, alcanzó el despertador de la mesita. Menos mal que no se le olvidó traerlo de su antiguo cuarto, si no lo mismo le hubiera tocado gastarse otras mil pesetas más o confiar en que consiguiese despertarlo la alarma de su indestructible Casio F91, si bien, apenas se oía estando despierto. Afortunadamente, no era necesario preocuparse por ello porque, finalmente, decidió introducirlo en la mochila. Era del año de Matusalén, de esos que funcionan con cuerda mediante un enredado mecanismo de ruedas dentadas encajadas en el interior de la carcasa de hierro, y que cuando suenan, despiertan a la primera, y a veces, no sólo a uno mismo.

Una vez ajustada la hora y preparada toda la cuerda posible, fijó la

alarma a las ocho de la mañana.

A las ocho y diez de la mañana estaba despierto y vestido. Fue a desayunar y cayó en la cuenta de que no tenía leche, ni azúcar, ni café, ni magdalenas... Más gastos aun, ¡Qué cara era la vida!

Salió con diez mil de las veintidós mil ciento cuarenta pesetas que le quedaban. Fue a pie hasta la biblioteca, situada en El Alcázar, una enorme fortaleza que los musulmanes construyeron hace más de mil años y que se veía desde fuera de la ciudad.

La biblioteca le pareció de lujo, era grandísima y disponía de una instalación informatizada. Además de libros, se prestaba música y cine en vídeo, nada que ver con lo que había visto hasta el momento.

Fue hasta la sección de periódicos y echó un vistazo. Tenían de todas las clases, pero llegó un poco tarde, los del día estaban todos acaparados. Se apañó con uno del miércoles y buscó en la sección de anuncios.

En unos veinte minutos consiguió copiar en un folio los anuncios de trabajo más interesantes y algún otro donde se vendían móviles de segunda mano.

Bajó a la calle, buscó una cabina y decidió preguntar por un móvil de tres mil pesetas que podía servirle.

—Buenas, quería preguntar por un móvil que viene en el periódico
—solicitó Ismael.

—Lo siento, ya está vendido —contestó una chica.

—Bueno, hasta luego entonces.

—Hasta luego.

Primer intento fallido. Llamó a otro de cinco mil.

—Buenas, quería preguntar por un móvil que viene en el periódico
—repitió de memoria.

—Sí, es un Ericsson y lo vendo por cinco mil pesetas, pero viene sin tarjeta.

—¿Cómo que viene sin tarjeta?

—¡Claro!, el móvil necesita una tarjeta. Yo he cambiado de móvil pero me he quedado con mi antigua tarjeta, entonces aparte necesitarías tu propia tarjeta —Ismael se percató de su total desconocimiento en cuánto al actual mundo de la comunicación, no tenía ni idea de cómo funcionaban esas cosas tan habituales ya en la sociedad.

—¿Y no tendrás alguna tarjeta aparte?

—No, lo siento.

—Bueno, gracias de todos modos

—De nada. Hasta luego.

Al menos ya sabía de qué iba la historia. Probó con otro anunció que venía sin precio, pero que decía que se vendía móvil con tarjeta.

—Buenas, quería preguntar por un móvil que se vende.

—Sí, es un Motorola de Amena, tiene dos años pero funciona perfectamente. Y viene con tarjeta incluida.

—¿Y qué vale?

—Seis mil quinientas.

—Seis mil quinientas... —repitió Ismael, pensando en lo que tendría que apoquinar por el dichoso servicio telefónico.

—Está muy bien de precio. En cualquier tienda te sacan quince mil por lo menos —hablaba su interlocutor intentando convencer, mientras Ismael consideraba en silencio la inversión.

—Ya, pero yo no es que ande muy bien de dinero.

—Mira, te lo dejo en seis mil si quieres, pero menos no puedo.

—Bueno, a ver... ¿Cuándo podríamos vernos?

Era la una y cinco, e Ismael no paraba de mirar a toda la gente que pasaba por la plaza. Vio acercarse a un hombre bastante joven, con una chupa negra y gafas de sol. Se aproximaba hacia él.

—¿Eres tú el del móvil? — preguntó el hombre cuando llegó a su altura.

— Sí.

Hablaron unos diez minutos antes de cerrar el negocio. El hombre enseñó el móvil a Ismael, le quedaban unas cien pesetas de saldo y se utilizaron en demostrar que el aparato funcionaba correctamente. Desde una cabina, hicieron una llamada al mismo, no parecía tener pegas, realizaba y recibía llamadas y se oía bastante bien. Sólo quedó por comprobar la batería, pero Ismael se fió del hombre y no se molestó en hacer más pruebas. El chico le explicó el funcionamiento y el tipo de tarifa que tenía activado para el cobro de llamadas. Después, el negocio se saldó con el precio fijado: seis mil pesetas.

De las diez mil pesetas con las que salió de casa, volvía con tres mil seiscientos treinta, y aún le quedaba pasar por el supermercado para comprar leche, azúcar, café, la tableta de chocolate más económica que hubiese y un bote de tomate para hacer los espaguetis que tenía pensados de comida. Al final, cuatrocientos ochenta pesetas menos.

Antes de que terminase la mañana también le dio tiempo a hacer unas cuantas fotocopias de su currículum en las que ya se incluía su nuevo número de teléfono. Decidió que dedicaría la tarde a repartir las mismas y a llamar a los ofertas de trabajo que había anotado de los periódicos.

Tras degustar rápidamente sus modestos espaguetis con tomate, se marchó a repartir currículos sin apenas parar en casa. Pensaba ir a las empresas del polígono industrial, pero quedaba muy lejos y era necesario coger el autobús. De momento, probaría suerte en los sitios más cercanos.

Anduvo una hora repartiendo en supermercados, tiendas, talleres, bares, carpinterías y en alguna que otra empresa donde veía posibilidades.

Eran ya casi las cinco de la tarde. Supuso que a esta hora debía empezar, aproximadamente, el horario de oficina correspondiente a la tarde. Se decidió, por tanto, a llamar a alguno de los anuncios que había cogido por la mañana.

—Buenas. Llamaba por lo del trabajo del periódico.

—Sí. Espere un momento —Ismael tuvo que soportar la tediosa musiquilla con la que, como en esta ocasión, las empresas entretenían a sus clientes para que la espera se hiciese más agradable—. ¿Podrías llamar sobre las

seis? Es que ahora mismo no se encuentra el que lleva esto —contestaron de repente.

—De acuerdo. Luego llamo —a ver que otro remedio le quedaba.

La cosa empezaba mal, pero lo intentó con otro anuncio.

—Buenas. Llamaba por lo del trabajo del periódico.

—Muy bien. Consiste en captar clientes para nuestra compañía. ¿Tienes experiencia como comercial?

—No.

—Es igual, sería aconsejable, pero no es imprescindible. ¿Cuándo te podría hacer una entrevista?

—Tengo todo el día libre.

—¿Mañana a las... —el hombre buscó un hueco libre en su agenda—...nueve y cuarto? Yo es que viajo mucho y tengo el día bastante apretado.

Definitivamente, después de enrollarse un rato más, quedaron a las nueve y cuarto en la Plaza de Zocodover. El trabajo consistía en conseguir clientes para una compañía telefónica. Según se lo explicó, parecía sencillo y se podía ganar dinero.

Hizo otras cuantas llamadas más que se recompensaron con otro par de entrevistas, una para camarero a las doce y cuarto, y otra para una hamburguesería a las cinco de la tarde.

No le quedaban más teléfonos para seguir insistiendo y aún le sobraba más de media tarde. En su carpeta todavía guardaba doce currículos, por lo que decidió repartirlos en algunos bares mientras se daba una vuelta turística por la ciudad de Toledo para ir conociéndola un poco mejor.

Decidió reservar cinco de aquellas fotocopias de su vida laboral por si le hicieran falta para las entrevistas o cualquier otro imprevisto, dando por terminada por hoy su lista de tareas.

Eran ya casi las ocho, tenía un hambre de mil demonios y no podía parar de pensar en los donuts, gofres, helados y demás tentaciones alimentarias que veía en los escaparates de las pastelerías. Pero no quería permitirse malgastar en caprichos el poco dinero de que disponía. Se compró, simplemente, una pequeña barra de pan y emprendió el camino a casa. Arrancando las migas poco a poco con los dedos, iba engullendo la barra casi sin darse cuenta. En una fuente se hinchó de agua, para que el

líquido colaborase en la digestión de su merienda. Cuando llegase a casa complementarían el tentempié con, por ejemplo, media tableta de chocolate. Una vez allí, se conformó con sólo cuatro onzas y una manzana que equilibrase el conjunto. De momento, había apaciguado el hambre. Acto seguido, se fue a descansar a la habitación.

Se levantó para cenar y se ventiló un paquete entero de salchichas con guarnición de arroz a la cubana. Se hubiera comido también un par de huevos fritos más ración de patatas y un bocadillo de chorizo a la plancha pero su parte del frigorífico estaba desangelada. Mañana compraría más salchichas Frankfurt, huevos, patatas y una botella de aceite para no gastar el de sus compañeros de piso.

En la cena, Fran, al igual que el día anterior, fue el primero que se atrevió a preguntarle cómo se le había dado el día.

—Ismael, ¿qué tal hoy?

—Bien.

—¿Y a qué te has dedicado? ¿Tienes ya curro?

—He estado entregando currículums y llamando a los anuncios de los periódicos. Para mañana tengo tres entrevistas.

—¡Qué rápido! ¿Y de qué son las entrevistas?

—Una de camarero, otra para Mcdonalds y la otra, no lo sé.

—¿Y al Inem no te has apuntado?

—No, de momento no.

—De todos modos, en el Inem no se consigue trabajo, nunca tienen nada —saltó Fernando, que también estaba pendiente de la conversación—. Son mejores las empresas de trabajo temporal.

—¿Las empresas de trabajo temporal? —Ismael no tenía ni idea de qué era eso.

—¡Eso es una estafa! Te quitan parte de tu sueldo y sólo te dan trabajo para unos días, o para unas semanas como mucho —Nacho entró fuerte en el tema de debate. Para él, las injusticias sociales no tenían perdón, y cualquier cosa que permitiese a la gente aprovecharse del más débil le

hacía protestar.

—¿Y el empresario, qué? De algún sitio tendrán que sacar para vivir—respondió Fernando, que sí estaba a favor de las empresas de trabajo temporal.

—Pues que en lugar de quitarle una parte al trabajador que se la quite a la empresa que lo contrata, que es la que tiene las pelus —volvió Nacho a la carga.

—Entonces, le saldría más caro a la empresa que si lo contrata ella misma directamente —seguía Fernando ejerciendo de abogado de la parte fuerte sin conocer realmente el funcionamiento de este servicio. La verdad es que todos hablaban basándose solamente en lo que su imaginación les sugería.

—Pues que lo contrate.

—Pero a las empresas les hacen un servicio, ¡qué eso de estar contratando trabajadores es un jaleo! Además, me parece que al trabajador no le quitan nada del sueldo, ¿de dónde has sacado eso?

El ambiente se estaba caldeando. Para calmarlo un poco, Fran intentó desviar la conversación a su curso inicial.

—Bueno, lo que importa es conseguir trabajo, ¿no? Pues que se apunte a ver si hay suerte. Ismael, tú mañana vas a todas las empresas de trabajo temporal, te inscribes y a esperar.

La idea era de lo más lógica, por lo que ni Nacho ni Fernando se atrevieron a discutirla. Aun así, al rato siguieron con la discusión ya que, en realidad, disfrutaban bastante con ellas.